

HUNGRÍA, A MITAD DE CAMINO

POR

THOMAS MOLNAR

Ciertamente, se puede decir que al cabo de tres años de libertad este país se encuentra a mitad de camino; únicamente le sucede que se desconoce totalmente el destino de ese camino. Es evidente que las cosas materiales han mejorado; las casas y los edificios públicos tienen mejor aspecto; las gentes van mejor vestidas y las mujeres de Budapest empiezan a recuperar un secreto resplandor que se extiende por sus rostros y las embellece; la comida es abundante; los coches son (demasiado) numerosos. En contrapartida, el paro aumenta, y las inversiones extranjeras no siempre se hacen en proyectos útiles. El estado de ánimo es, en general, cada vez más positivo, quizás porque se han superado los primeros obstáculos, pero se vive una situación fugaz antes de la cascada de males que se ve venir. El respiro no va a durar.

Sería un error atribuir la duda actual a las decenas de comunismo. La visión pesimista de lo actual y del futuro es una característica magyar, heredada quizás de nuestros antepasados asiáticos, y se manifiesta en la música, el folklore, y en las discusiones de café. Este mal no es en absoluto de naturaleza económica; radica —tema tabú— en el hecho de que Hungría (y otros países de la región) se encuentra constreñida a seguir un régimen ideológico distinto del que escogería espontáneamente.

Como contrapartida de una conducta liberal-democrática se hacen promesas a los húngaros y el país hace como que sigue el camino así trazado. Sin embargo, esta conducta no está de acuerdo con su naturaleza, y crea innumerables colisiones: en el Parlamento, en los partidos, los grupos de presión, incluso en la Iglesia.

En Hungría se puede distinguir ahora entre un país legal y un país real y por ello decir que, oficialmente, se vive en una república democrática, social, adherida al principio del mercado libre... También oficialmente, la coalición de centro derecha gobierna frente a una sedicente oposición constructiva y leal. Oficialmente, una vez más, corresponde a las elecciones delimitar ese centro derecha y ese centro izquierda. La verdad es que las cosas suceden de otra manera porque la oposición ejerce un chantaje contra el Gobierno cuando afirma que sin ella y sus ideales democráticos, liberales, etc., el extranjero se desentendería de Hungría, las inversiones se acabarían, y el régimen sería tachado de cuasi-fascista. De esta manera, la amenaza de acusaciones terribles gravita sobre la coalición gubernamental que queda obligada a dar cada día garantías de pureza ideológica y de sagrado democratismo.

La cosa se agrava por el hecho de que la parte del león de las inversiones es de origen alemán, lo cual se comprende en cuanto se mira al mapa: el socio natural de Hungría (así como de toda la región del Ural al Danubio) es Alemania. Pero existe el pequeño detalle de que ésta es igualmente sospechosa de tener ideas cuasi-fascistas, y el gobierno húngaro está periódicamente prevenido para que la influencia alemana no profundice en él. Por otra parte, Alemania está también presionada a este respecto, de suerte que los húngaros, y no solamente ellos, permanezcan bajo tutela. Tutela mucho más ligera y agradable que una ocupación soviética en toda regla, pero a pesar de todo, tutela para un pueblo que ha dado muestras de valor dos veces en este siglo: la insurrección de 1956 y la apertura de su frontera con Austria en 1989 que ha permitido a centenares de miles de alemanes del Este alcanzar la mitad occidental de su país.

Los medios y los políticos no dicen estas cosas tan claramente al pueblo, pero éste comprende, ovaciona a algunos espíritus libres, y sigue como antes. Pero las causas de descontento persisten. Podría ser que con más seguridad material se pudiera disimular esa otra clase de insatisfacción, pero la realidad es insoslayable y las sensibilidades están a menudo a flor de piel. Es habitual escuchar: Se nos halaga con la libertad de prensa y de comunicación;

sin embargo, los medios son la carta escondida de la oposición social-demócrata, y cuando se debiera responsabilizar su alta dirección, el presidente de la república, que también es liberal-demócrata se niega a firmar el acta de despido presentada por el gobierno. Así es que los jefes de la radio y televisión se quedan en su puesto y prosiguen lo que las gentes llaman una política de programación antinacional. La debilidad y fragilidad de la situación económica, la presión extranjera y una cultura cada vez más cosmopolita, crean una situación cuasi-explosiva, más visible sobre todo fuera de la capital, donde los valores tradicionales sobreviven mucho más vigorosamente que en Budapest «melting pot».

A partir de esto se comprende que las instituciones representativas de esta tradición, la universidad y la Iglesia, llevan una política propia prudente, cuando no de espera. Ellas mismas han sido hechas frágiles por la prolongada ocupación marxista y están agradecidas por la libertad de movimiento que acaban de adquirir y navegan por las aguas turbias del «cambio». Esto no es óbice para que estén divididas interiormente, no ya entre los marxistas todavía presentes en numerosos puestos y los elementos sanos, sino más bien entre los que tienen una actitud aceptable para la mayoría de la población, mayoría como siempre silenciosa, o casi, y los sostenedores del modernismo con todo lo que esto conlleva. Por tanto, malestar y división también en este frente.

Así las cosas, la vida intelectual es de una intensidad poco común incluso en los países occidentales. He contado una treintena cumplida de revistas de muy alta calidad, y hay otras que ven la luz periódicamente. También funcionan las cosas en la Universidad, los estudiantes son curiosos y preparan diligentemente sus cursos. Las bibliotecas están muy bien instaladas y los empleados están más calificados que a lo que estoy habituado. A pesar de las rivalidades por los títulos y por las colocaciones prestigiosas, los profesores tienen un grado de competencia que también me es poco habitual. La voluntad de progresar en el saber ha sobrevivido a los años de aislamiento. Por otro lado, continúa la tutela de la prensa diaria. Dos de los mayores periódicos de centro pertenecen a *Le Monde*, que ha tenido la inteligencia

de delegar en ellos a uno de sus redactores húngaros; otros periódicos, de izquierda, son propiedad del Springer Verlag, editor que dicen de derechas. Lo que prueba que el dinero no tiene olor. La televisión es «nacional», pero está enfeudada en los intereses del gran capital extranjero, aunque no fuera más que por la publicidad. Resulta de todo ello que Hungría forma parte de aquí en adelante de la «cultura planetaria» y que la mayoría de las cuestiones que se debaten en el patio internacional, lo son según la ideología común de los vencedores de Bagdad.

Lo que yo llamo la monoclasa (ni burguesía ni proletariado, sino los dos juntos) es igualmente preponderante en Hungría. Su punta de lanza es una juventud descentrada, pasota y extremadamente sexualizada, vestida según la última moda de Benares. Si nos atenemos a su conversación, sobre todo la de las chicas, quedamos descorazonados y a punto de abandonar toda esperanza de futuro. Ciertamente, que al lado de esta canalla, que es la misma que en Nueva York, en París y en Budapest, hay grupos extraordinariamente interesantes, sostenidos por la Iglesia, filosóficamente serios e incluso eruditos. En el congreso de filósofos húngaros del mes de agosto, en el cual he participado, he encontrado un buen número de ellos, absolutamente separados de sus contemporáneos con melenas, pendientes y antenas de radio escuchadas religiosamente. Son dos universos de los cuales no se sabe quién va a ganar, porque el control de los jóvenes desvergonzados está prohibido a los padres, a la escuela, y al gobierno. Decir que esto es un efecto lejano del comunismo es ocultar las fuerzas destructivas propias del Occidente, anteriores a 1945, y que sobreviven en 1989.

Desde muchos puntos de vista, el panorama social de la Europa del Este es hoy una versión caricaturesca de lo que sucede en el Oeste. Con la ayuda de la relajación y del malestar, el Este muestra en estado puro las taras de la sociedad occidental, incluyendo el desprecio y el rechazo a los remedios. Hacer la unidad de Europa en estas condiciones es burlarse de la historia porque todos los elementos carecen de un impulso creador. Se dice que la luz viene del Este. Por el contrario, habría que decir que el

Este, exangüe, está cayendo, víctima por segunda vez, sobre un Occidente sin cabeza y cuyo único mérito es su prosperidad, también ella edificada sobre la arena del consumismo y de la inmoralidad. Se diría que la misión, así como el interés, de los países occidentales está en consolidar el inmenso territorio hasta los Urales. Creo que Alemania es la única consciente de esta misión, y que Francia y los anglosajones no ven en ello más que un vertedero de sus excedentes de mercancías, y en lo político, un juego para dividir Alemania y Rusia. Esto es también una explicación de la guerra de los Balcanes: entretener el fuego de las guerras locales pero sucesivas con el fin de impedir la creación de una zona que escapara a la influencia anglosajona. Es francamente grotesco confiar las delegaciones pacificadoras a los Lord Carrington y Owen y a Cyrus Vance, es decir, los corderos a los lobos. A eso es a lo que se llama Europa Unida.

Dicho esto, nadie se atreve aquí a hablar de las guerras que se preparan y que, sin embargo, están inscritas en el futuro próximo. En cualquier caso, estas guerras no se detendrán en las fronteras serbio bosnias; un signo anticipado es el partido de fútbol en el cual los policías disfrazados de eslavos se encarnizaron con el pueblo húngaro. Los pequeños Sarajevo al estilo de 1914 estallarán un poco por todas partes, aunque Bonn se haya prohibido vender tanques al ejército húngaro porque está presionado por las capitales anglosajonas. En una palabra, no se preparan en absoluto unos futuros evidentes.

Tampoco en las elecciones que se preparan en Hungría para mayo de este año. Los antagonismos y conflictos más arriba mencionados determinarán el resultado del voto y el partido será nulo. El sistema no está hecho en absoluto para este pueblo apasionado al que los siglos han vuelto receloso de los remedios milagrosos. Esto es un poco como España antes de Franco, pero aquí no estallará la guerra civil.